

Actualidad de una basta tradición cultural

Orígenes de la filosofía polaca: su pensamiento político

Boleslaw Andrzejewski

La filosofía polaca tiene su origen en la Edad Media tardía y alcanza por sus raíces el siglo XIII. Desde su origen mismo, ella demuestra una diferenciación problemática considerable, un alto nivel, así como una susceptibilidad y una comprensión para los acontecimientos científicos de épocas pasadas y para los éxitos y la realización contemporáneos.

Se piensa que el primer pensador polaco fue *Vitelión* (hacia 1230 -1314). Su creación y su obra son un excelente ejemplo de las conexiones del pensamiento polaco con la ciencia mundial de aquella época. En su curso compacto sistematizado, contenido en diez libros, Vitelión cita numerosos trabajos latinos (de Roberto Grosseteste, Roger Bacon) y también griegos y árabes. Estos cursos inspiraban a la ciencia europea todavía algunos siglos más tarde, lo que se puede ver, por lo menos en el comentario de Kepler de 1604, titulado *Ad Vitelionem paralipomena*. Vitelión estaba en su creación lejano de la especulación, todas sus consideraciones y sus análisis, hasta los relativos a *De la naturaleza de los demonios*, los titulaba intentando motivarlos en los procesos naturales, psicofisiológicos, según los conocimientos del nivel de la ciencia contemporánea.

La filosofía de Aristóteles gozaba de gran interés entre los primeros filósofos polacos, fue descubierta por el Occidente y propagada inmediatamente en el territorio de Polonia. Citada ya por Vitelión, aparecieron entonces numerosos comentarios de las obras de Aristóteles, sobre todo a su *Física*, a la *Metafísica* y a la *Ética de Nicomaco*. Aparecían también obras independientes, saturadas por el espíritu del filósofo antiguo.

El *buridanismo* se implantó también en Polonia, transmitido desde París en la recién creada Universidad de Cracovia (1364). Los primeros adeptos y partidarios

del buridanismo en la filosofía de la naturaleza, fueron *Juan Isner* y *Andres Wezyk* quienes han contribuido mucho al desarrollo de las ciencias naturales polacas y europeas. Ambos eran autores de vastos comentarios a la *Física*, impregnados de ideas tomadas de las obras de Buridan. La filosofía de la naturaleza pertenecía, en los orígenes de la ciencia polaca, a esferas filosóficas que se desarrollaban con fuerza. Hay que citar aquí, al lado de los enumerados ya, nombres tales como *B. Hesse* y *Juan de Gostynin* (autores de sucesivos comentarios relativos a la *Física* de Aristóteles), *Juan de Slupca* (comentario a los libros *Del cielo y del mundo*), *Juan de Glogów* (autor de comentarios a la *Metafísica* y a los Libros *Del alma*) o un poco más tarde, *Nicolás Copérnico*, todos propagadores del nuevo punto de vista sobre el Cosmos mismo.

Se puede distinguir también, otras esferas de la filosofía tales como la ética (Pablo de Wroczyn) y la reflexión metodológica (Stanislaw Ilowski, Adam Goslawski, Adam Burski, Szymon Budny). La más elaborada fue la filosofía social ligada con la teoría del Estado y del Derecho, y ante todo, con la situación concreta en Polonia. Así leemos: "La política –es decir, la ciencia de la moralidad de la sociedad que vive en los límites de la organización estatal– crece y sube al nivel de una de las disciplinas primordiales ya no solamente entre las ciencias prácticas como lo era en Aristóteles, sino entre las ciencias, en general"¹.

La filosofía polaca desde sus orígenes mismos ya se mostraba muy en la vía práctica. El pensamiento teórico puro le era ajeno, abstraído del contexto del ser social. Este pensamiento tendía y aspiraba al estudio de los problemas ligados con el funcionamiento del Estado, con la organización de la sociedad, con las relaciones entre el individuo y el poder. Este aspecto práctico en la valorización de los fenómenos de la vida social aparece y está presente en toda la filosofía polaca.

Uno de los primeros autores filósofos que había tratado claramente la problemática social y política, fue *Stanislaw de Skalbimierz* (cerca, de 1360 -1431), famoso sabio y diplomático, en 1400 rector de la Universidad de Cracovia. Sus

opiniones y sus ideas están contenidas en las decenas de los *Sermones* dictados por él y donde proclamaba, ante todo, el principio de igualdad social así como el derecho de todos los pueblos a la libertad y a la política de autonomía. El mismo se pronunciaba contra las guerras reconociendo solamente “la guerra justificada”, que tiene por fin establecer la paz basada sobre la justicia. Los Estados, como dice Stanislaw en su sermón 46, deberán más bien gestionar el desarrollo de la cultura y de la sabiduría de los hombres que el perfeccionamiento de las armas. Ellos deberían respetar en sus actividades “el derecho divino”, es decir, la verdad; reconocer el derecho del amor al prójimo y también el principio de igualdad y de justicia sociales. El Estado que se dirige y que actúa en base a estas reglas no debe temer del enemigo, vencerá por su sabiduría y por la fuerza que emana de Dios mismo. “Eso se ve claramente –dice Stanislaw– cuando se consideran las guerras hechas por los infieles... Muchos infieles amenazantes por sus armas y por su experiencia guerrera son frecuentemente vencidas por muy pocos fieles, por la palabra y por la sabiduría, no por la fuerza de las armas... Porque no por la multitud de los ejércitos se vence en las batallas, sino por la fuerza venida del cielo”².

Se puede adivinar que las enunciaciones precedentes conciernen a las relaciones polaco-teutónicas. Los caballeros teutónicos fueron traídos a Polonia desde Palestina en 1226, para defender sus fronteras contra los paganos orientales. Después de haberse fortificado en los territorios septentrionales de nuestro país, ellos se transformaron en los enemigos más amenazantes de Polonia. Su potencia fue quebrada en la batalla de Grunwald en 1410, pero la total sumisión de los caballeros teutónicos al reino polaco tuvo lugar sólo en el año 1525.

Stanislaw de Skalbimierz, conociendo la fuerza y los valores de los Caballeros Teutónicos, expresaba la opinión que solamente las naciones preparadas moral y espiritualmente podían afrontar su fuerza. Las alusiones de Stanislaw son sin embargo sutiles y nebulosas, ya que no nombra a los enemigos de Polonia directamente, dejando así un vasto campo para las suposiciones.

De una manera más unívoca en el mismo sentido habla su contemporáneo *Pawel Wlodkowic* (1370 -1435). También él propagaba el derecho a la libertad de todos los pueblos –incluidos los paganos– y era enemigo de la conversión a una religión por fuerza. “Y así –escribe Wlodkowic a propósito de los Caballeros Teutónicos– pasan a un simple error basado en el concepto que los fieles creyentes en Jesucristo, pensando que le rinden su homenaje como a Dios mismo, se reúnen allí en multitud y la tranquila nación de infieles, en ocasión de propaganda de fe católica, es atacada banalmente”³.

Wlodkowic condena también el papel que el papado cumple en los litigios y las disputas entre los Caballeros Teutónicos y los Estados vecinos. Según su opinión, el Papa, de una manera demasiado fácil, cede y sucumbe a la presión y a la incitación de los Caballeros Teutónicos, acordándoles el derecho de ocupar los terrenos invadidos tanto paganos como, incluso, cristianos. Desnuda las bestialidades y las hipocrecías de los Caballeros teutónicos y recuerda el hecho de que no se trataba solamente y de manera única de la conversión de los paganos a la fe cristiana, sino del asalto y acaparamiento de los bienes y la fortuna de los vecinos. He aquí como relaciona él las actividades y las intenciones de los Caballeros Teutónicos: “...ellos matan brutalmente a los sacerdotes así como a los ya bautizados y a los no bautizados, queman y destruyen, aniquilan las nuevas iglesias y cometen otros hechos innumerables sobre los cuales solamente la honestidad manda y ordena callar... Ellos exponen la potencia contra el rey católico de Polonia, invaden hostilmente al reino polaco, destruyen las fortalezas, otras las dejan en cenizas, roban, violan y se hacen allí más viles cosas que la pluma con dificultad podría describir”⁴.

En base a este tipo de observaciones Wlodkowic establece algunos postulados más generales para la dirección del Papa y de las autoridades laicas y atestigua y confirma, por ejemplo, que el Papa no debiera apoyar ni aconsejar a los monarcas combatir a los infieles, ni robarles sus bienes. No puede tampoco imponerles directamente su poder ni su autoridad. Del otro lado, sin embargo, Wlodkowic atribuye al Papa una autoridad y un poder supremo, incluso por

encima del Emperador. “La verdad es tal –escribe él– que ambas sentencias, en cuanto a las cosas terrestres temporales y a las espirituales, pertenecen al Papa. El gobierno terrestre debe ser uniforme con el gobierno celestial porque el mundo inferior está formado a imagen del mundo superior”⁵.

Las precedentes notas y opiniones pueden ser entendidas como algunas sugerencias al Papa para que él resuelva los litigios y las disputas internacionales en el modo más justo y para que trate con mayor distancia la posición del emperador alemán, que apoyaba las pretensiones de los Caballeros Teutónicos. Wlodek niega en general la opinión que el Emperador puede tener autoridad sobre los infieles. Éste no tiene poder desde la voluntad divina (esto es solamente del papado) ni tampoco, en virtud de un acuerdo dado por todos los súbditos. Lo hace en relación con los infieles únicamente “por violencia y por tiranía”. No le está permitido convertir por la fuerza, forzarlos a aceptar y a convertirse a la religión cristiana y a bautizarse, “porque este modo de actuar es una injuria contra el prójimo y no se deben hacer cosas malas para convertirlos después al bien”⁶. Las consideraciones de Wlodek tienen por consiguiente un carácter concreto y pragmático conforme, por lo demás, a la tendencia general en la filosofía polaca.

Parece que un carácter no menos práctico tienen las opiniones y el pensamiento del Conde *Jan Ostroróg* (1430-1501) contenidos, ante todo, en su *Memorial para reformar la República*. El pragmatismo de Ostroróg aparece con fuerza particular considerando que no era catedrático universitario, ni pensador, sino un activo político y administrador, como palatino y senador del Reino. En su *Memorial*, Ostroróg enumera a veces una serie de opiniones y de notas detalladas para perfeccionar el funcionamiento del estado de Polonia. Las divide en advertencias concernientes a los “asuntos espirituales”, así como en opiniones “sobre las cosas laicas”. Entre las primeras, subraya los valores y los asuntos relativos a los contactos recíprocos y mutuos del reino polaco con la autoridad y el poder del Papa. Por consiguiente, Ostroróg sugiere que el Rey debe “visitar al nuevo papa, congratularse por su elección y también asegurarle que el Rey conserva y guarda la religión y la fe católicas en todo el reino...”⁷.

No aconseja, sin embargo, al Rey comportarse con demasiada humildad en relación con el Papa. Aunque “la humildad es una virtud, la humildad exagerada no es sino imprudencia, sobre todo, ante quien fue designado por Jesucristo para que todos le dieran obediencia pero solamente en las cosas espirituales”.⁸

Ostroróg considera a continuación que la gran injusticia está dada por los tributos anuales pecuniarios ofrecidos al Papa. Lo acusa (y en esta ocasión a los italianos en general), de forzar los tributos anuales por astucia y por avaricia y además porque ellos no destinan todo este dinero recaudado a los fines declarados al principio, ligados con el fortalecimiento y defensa de la idea de cristiandad. “...Se necesita, pues, abandonar totalmente tal artificio de la piedad –clama Ostroróg– y el Papa no debe ser un tirano bajo la imagen de la fe...”⁹.

Además de esto, Ostroróg se ocupa también de la crítica contra otras formas de ganar dinero por el Papa y por la organización eclesiástica. Se opone a las llamadas “indulgencias impuestas”, dudando de su eficacia y de la posibilidad de “comprar con ellas la salvación y la gracia de Dios”.

Además, está plenamente consciente que el dinero obtenido de esta manera es destinado, no a construir iglesias “sino a las necesidades privadas individuales o personales de parientes y de hombres afines, para la corte, o para mantener las caballerizas, sin hablar de otras cosas peores”.¹⁰

Ostroróg, en general, piensa que los bienes eclesiásticos no deberían quedar en su propiedad exclusiva y como un valor congelado. Por el contrario sostiene que, a medida de la necesidad, estos bienes deberían estar destinados para los fines sociales de uso general, conforme con el principio expresado por San Bernardo que “la Iglesia tiene el oro no para sí misma sino para apoyar y ayudar a los necesitados”. Además de esto, Ostroróg combate algunos puntos de vista en el comportamiento de los eclesiásticos. Condena, por ejemplo, su orgullo y su altanería y también, el deseo de tener y obtener bienes y honores temporales. Son ambiciosos y la ambición –como afirma el autor– “es siempre

mala" aunque el objeto de este deseo ávido fuese el fin más sublime, por ejemplo, el obispado mismo.

Un tono semejante, práctico y realista se encuentra también en las notas de Ostroróg, en relación con las "cosas laicas". Dominan aquí también los postulados que tuvieran "de inmediato", el fin de contribuir al mejoramiento de las relaciones sociales y políticas en el reino polaco. Esto es, propiamente dicho, una colección de particulares prescripciones y de proposiciones legales que tienen mucho que resolver hasta ahora, sobre todo y a menudo en cuestiones litigiosas.

El valor más importante en este sentido es para el autor del *Memorial*, el Derecho. Éste deberá ser, según su convicción, uno y uniforme para todos, independientemente del origen o de la función actualmente desempeñada por cada uno. "Que sea pues un derecho –escribe Ostroróg– obligatorio para todos, sin ninguna diferencia de personas. Pienso que todos los habitantes del país pueden y deben ser juzgados por un mismo derecho, una misma ley"¹¹.

Ostroróg extiende este principio progresista sobre otras esferas, entre otras, sobre el sistema pesas y de medidas. Estos eran en aquel tiempo diferentes en varias ciudades y había un deseo que "con un Rey hubiese una ley, una medida y un peso". También es muy interesante el postulado de Ostroróg concerniente a la sucesión del trono y de otros cargos más importantes. El autor del *Memorial*, como practicó él mismo, que desempeñaba funciones importantes en la jerarquía de la administración estatal, se declara contra el principio de herencia de los cargos y de las funciones públicas. Prefiere decididamente la utilidad y la capacidad de la persona, más que sus conexiones sociales. La herencia del cargo u oficio puede tener lugar solamente en el caso especial cuando "el hijo de tal herencia sea digno de ella".

No hay tiempo aquí ni espacio para presentar más particularmente y con detalles los puntos de vista de Ostroróg. Su parte práctica es sin embargo clara y dirigida hacia las cosas ligadas directamente con la vida social. Vale la pena, en

cambio, dar una visión concisa del pensamiento político social del siglo XVI que indicaba una parecida jerarquía de valores.

La figura central del siglo XVI fue *Andrés Frycz Modrzewski* (1503-1572) cuya obra fundamental, compuesta de cinco libros, es *La República a corregir y a sanear* (1550-1551). Estos libros son “De las costumbres”, “De las leyes”, “De la guerra”, “De la Iglesia”, “De la Escuela”. De nuevo, en primer lugar viene el bien nacional, que es el Estado de Polonia, el bien que crece por encima de los fines individuales y de los valores particulares. Ya en el primer capítulo del libro “*De las costumbres*”, Modrzewski se hace una pregunta fundamental: “¿Qué es la República?”. Respondiendo a ella afirma que “la República es una reunión y comunidad humana ligada por la ley, que reúne muchos vecinos, establecida para el bien y para la felicidad”.¹²

Se ve claramente la preocupación social de Modrzewski y su cuidado de los valores superiores de bien y de dicha para todos. Él indica, principalmente, dos factores que contribuyen al estrechamiento de lazos y de vínculos entre los individuos y que condiciona la obtención de la felicidad y del bien común, extendidos sobre toda la sociedad. Estos factores son, *la razón y el habla* (al margen, vale la pena decir, que un papel parecido, nacional y creador, ejerce el habla también en las concepciones ulteriores románticas, particularmente en el territorio de Alemania). Para Modrzewski la *razón* o el entendimiento y el *habla* “causan y producen una benevolencia mutua entre los hombres, que es un lazo o un vínculo particular de esta vasta sociedad y quien vive en ella debe dirigir todos sus trabajos, deseos, penas, diligencias y asiduidad y consagrado a esto, para que todos los ciudadanos tengan una vida feliz y buena”¹³.

Los elementos románticos están contenidos también en la comparación de la sociedad con el organismo donde la total integridad no puede existir sin piezas y sin partes particulares, de la misma manera que no pueden existir las partes sin una totalidad integral. “Y así como un hombre, si fuese separado del cuerpo –escribe Modrzewski– no merece tener su nombre, porque ni vivir ni

sus deberes puede cumplir, ni es capaz de hacerlo si no estuviese ligado con el cuerpo, de la misma manera ningún ciudadano fuera de la República realmente podría vivir ni cumplir sus deberes”¹⁴.

El valor pues supremo de la vida social y el fin fundamental de los esfuerzos de todos los ciudadanos, deberían ser el sustento y el mejoramiento de la República, como un organismo compacto. Modrzewski enumera tres géneros de acciones influyentes en el desarrollo favorable de la patria. El primero, el justo modo de gobernar a los hombres, aquella “cívica asociación de hombres”, su defensa y su cuidado. La segunda cosa es la fe y la honra u homenaje dados a Dios; la tercera es el problema de la “justa educación e instrucción de los jóvenes”. Para este pensador, es muy importante el problema de la educación, porque “desde la buena educación de los jóvenes crecen todos, o al menos los más importantes provechos, igualmente para la religión como para la sociedad humana”¹⁵. A su vez, Modrzewski enumera tres principios, indispensables para la vida normal de la República. Estos son: “la honestidad de costumbres”, la “severidad de los Tribunales”, y “el arte de la guerra”. Los dos primeros principios posibilitan el funcionamiento justo de la sociedad en el interior de sus fronteras; el arte de la guerra condiciona la seguridad en relación con los enemigos exteriores. Si estas tres cosas –dice Modrzewski– están en buen orden, en la República misma todo está bien. Lo contrario sucede cuando en cada una de ellas haya fallas. Estos principios son objeto de cuidadosos análisis en tres libros: “De las costumbres”, “De la ley” y “De la guerra”. Nosotros no los trataremos aquí más detalladamente.

Vale la pena consagrar, sin embargo, algunas palabras de un representante del pensamiento político polaco del siglo XVI, *Piotr Skarga* (1536-1612). Los principios fundamentales de Skarga son convergentes con aquellos tratados y analizados anteriormente. Sus opiniones están caracterizadas en forma semejante por una preocupación y un cuidado relacionadOs con el destino del reino polaco y de sus ciudadanos. Sus *Sermones de la Dieta*, dictados con una profética voz que emocionaba y conmovía a los oyentes, adquieren claramente un carácter simbólico. Siendo predicador en la corte del Rey Segismundo III de Waza,

amonestaba y advertía a la vez a los magnates, a la nobleza e hidalguía polacas, contra la anarquía viendo en ella a precursores desfavorables para el porvenir de Polonia. En cierta analogía con Modrzewski, Skarga enumera los dos órganos importantes en el cuerpo humano a saber: el *corazón* y la *cabeza*. Con el normal funcionamiento de estos órganos, el organismo entero está en buena salud; ante sus indisposiciones y debilidades, la integridad está amenazada. El corazón y la cabeza son comparados por Skarga con los dos componentes de la vida social: al corazón, corresponden la *religión* y el estado *espiritual*, a la cabeza, el poder real. “Cuando la fe católica y el estado espiritual –confirma Skarga– sean violados como el corazón herido, esto conduce a la muerte rápida de la República. Cuando también el Estado Real se debilita y duele como la cabeza enferma y doliente, el poder de todos los miembros perece y todo el reino cae”¹⁶.

Gran importancia, junto con el cuidado de la religión, atribuía pues Skarga a la restauración del fuerte poder real. Gobernar a la sociedad puede hacerlo solamente una persona, así como una sola cabeza está en el organismo. La monarquía es, según su opinión, un estado óptimo y natural a la vez de la organización social. Skarga cita aquí entre otros, la Sagrada Escritura que cuenta el terrible período del interregno en Israel, hasta el momento cuando Dios ordenó elegir al rey Saúl. Así pues la monarquía es no solamente un estado natural, sino que ante todo, proviene de la voluntad de Dios. “Si también la monarquía fuese mala –leemos en sus *Sermones*– nunca Dios desearía darles en este lugar a un Rey, ni ordenaría elegirle. Pero él solo dióselos y designó...”¹⁷. Un rey logrará mejor que muchos señores garantizar la paz, la armonía, el consentimiento y la unidad entre los hombres y entre las naciones. De la misma manera podrá contraponerse al enemigo exterior con mayor eficacia. Skarga deplora y lamenta que en Polonia el papel del Rey se debilite, que crezca la importancia de la Dieta con la intensificación simultánea de la “libertad dorada de la nobleza”.

Las previsiones de Skarga se mostrarían justas y certeras, casi dos siglos más tarde, cuando en el año de 1772 comienza un período trágico en la historia del Estado polaco. El reino se debilitaba inmovilizado por la anarquía e

insubordinación de los magnates y de la hidalguía o la nobleza para, al fin del siglo XVIII, desaparecer totalmente del mapa de Europa, dividido e invadido por Rusia, Prusia y Austria.

Desde la perspectiva de este tiempo los puntos de vista y opiniones presentados anteriormente toman otras dimensiones. No eran una simple esgrima verbal ni efecto resultante de un espíritu especulativo. Su fin fue muy concreto y práctico. Presintiendo o previendo los hechos ulteriores históricos, los pensadores de aquellos siglos intentaban, a todo precio, desviar el curso desfavorable de las cosas y mostrar sus mecanismos y sus causas.

Teniendo siempre en consideración los valores generales sociales, a saber, el bien y la felicidad de todos, así como el saneamiento y el encausamiento de la República, ellos hicieron muchos esfuerzos para defenderla.

El presente esbozo no contiene, de ningún modo, todos los nombres de aquella época. No se han analizado, por falta de lugar, filósofos tales como, por ejemplo, *Jan de Slupcza*, *Piotr de Sienna*, *Jakub de Paradyz*, *Mikolaj de Kozlow*, *Jan Dlugosz* y muchos escritores anónimos. Todos ellos contribuyeron mucho a profundizar los valores anteriormente mencionados de un modo igualmente comprometido.

Notas

¹ J. Domanski: "El valor y el universalismo del pensamiento medieval polaco", en: *700 años del pensamiento polaco. La filosofía y el pensamiento social de los siglos XIII - XV*, Varsovia 1978, p. 20.

² En: *700 años del pensamiento polaco*, edición citada, p. 85.

³ *Ibid.*, p. 184.

⁴ *Ibid.*, p. 135.

⁵ *Ibid.*, p. 196-197.

⁶ *Ibid.*, p. 203.

⁷ *Ibid.*, p. 240.

⁸ *Ibid.*, p. 240.

⁹ *Ibid.*, p. 243.

¹⁰ *Ibid.*, p. 245.

¹¹ *Ibid.*, p. 251.

¹² En: *700 años del pensamiento polaco. La filosofía y el pensamiento social del siglo XVI*, Varsovia 1978, p. 245.

¹³ *Ibid.*, p. 245.

¹⁴ *Ibid.*, p. 246.

¹⁵ *Ibid.*, p. 248.

¹⁶ *Ibid.*, p. 407/

¹⁷ *Ibid.*, p. 407/